



## DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA INAUGURACIÓN DEL FORO DEMOCRACIA Y DESARROLLO EN IBEROAMÉRICA

**Cartagena de Indias (Colombia), 21 de febrero de 2004**

-----  
Señor Presidente Uribe, querido Mario, señoras y señores,

A mí me han mandado que venga a hablar desde aquí y voy a hablar desde aquí, no porque quiera ser como Mario Vargas Llosa, al que solamente le admiro y le seguiré admirando, y no voy a competir con él; además, me falta muy poco camino para estar allí pero, mientras tanto, voy a utilizar la palabra desde aquí.

En este discurso, que es un discurso de despedida, sin duda, quiero empezar, en primer lugar, mostrando gratitud al Presidente Álvaro Uribe por su acogida tan especial, tan cariñosa, en este último viaje que hago a Iberoamérica como Presidente del Gobierno de España. Además, para mí es una gran satisfacción estar en este seminario y estar con tan grandes y buenos amigos.

Durante los últimos ocho años he tenido el privilegio de ser el Presidente del Gobierno de España y en ese tiempo he trabajado con el convencimiento de que Europa y América formamos parte de una misma comunidad basada en principios y en valores comunes.

He tenido la oportunidad de viajar muchas veces a Iberoamérica, he tenido la oportunidad de comprobar los progresos de los países que forman nuestra Comunidad; pero también he sido testigo, como muchos de ustedes, de las dificultades que muchos de nuestros países amigos han enfrentado, y aún enfrentan, para consolidar la

democracia y para intentar avanzar en el desarrollo económico; para aprovechar, en definitiva, sus oportunidades.

A eso quisiera referirme yo brevemente esta mañana.

Yo creo que Europa y América compartimos como principios básicos la democracia, el respeto a los derechos humanos y la defensa de la libertad. Sin embargo, la democracia no se agota en la celebración de unas elecciones libres. Yo creo que la consolidación de un país democrático requiere, además, al menos, tres elementos a los que quiero hacer referencia esta mañana: el fortalecimiento institucional, el desarrollo económico y la seguridad.

En primer lugar, la democracia ha de ser capaz de garantizar la libertad de los ciudadanos y para ello necesita instituciones fuertes, creíbles, estables y seguras. El afianzamiento de un sistema democrático no puede aplazarse hasta que exista un nivel suficiente de desarrollo.

Permítanme que aluda a España en este punto. En el último cuarto de siglo hemos experimentado una transformación radical. No hay muchos países en el mundo que lo hayan logrado. En muy poco tiempo, en términos históricos, España ha conseguido una democracia plenamente consolidada; somos miembros activos de la Unión Europea; tenemos una posición de vanguardia en esa Unión, como corresponde a una de las grandes naciones históricas de Europa; nos hemos convertido en la octava economía más importante del mundo; seguimos avanzando en estabilidad, en credibilidad y en confianza; somos miembros de la Alianza Atlántica y asumimos responsabilidades crecientes en materia de seguridad.

Esto ha sido posible, en gran medida, gracias al consenso y gracias a instituciones que gozan de la confianza de los ciudadanos. En pocas palabras, nuestro éxito no ha sido otra cosa que querer y lograr ser un país normal. Ésa era nuestra aspiración, la normalidad, y parece que la normalidad la hemos conseguido. El riesgo que tenemos es que haya algunos españoles que, acostumbrados a algunas emociones, se cansen pronto de la normalidad.

Creo que esta reflexión sirve también y debe servir también para Iberoamérica. A mi

juicio, lo peor que le podía ocurrir a Iberoamérica es que sea percibida, si se me permite la expresión, como una curiosidad antropológica. No son solamente las "ideas zombi" a las que antes se referían Julio María Sanguinetti y Jorge; es el ser considerada esa curiosidad antropológica como algo diferente, como algo excéntrico al mundo libre y al mundo desarrollado, que, en términos políticos y en términos económicos, sería vivir al margen del mundo libre y del mundo desarrollado.

Romper ese tópico y romper esa imagen tan negativa requiere, sin duda, mucha voluntad. No es necesario, en mi opinión, inventar nada nuevo; basta con aplicar los principios democráticos de separación de poderes para alcanzar lo que creo que ha sido nuestro éxito: la normalidad de los países libres y prósperos; una normalidad que incluso algunos podrían considerar aburrida y yo tengo que decir que nos dure mucho años la aburrida normalidad democrática.

No necesitamos muchos más viajeros, aventureros, extravagantes, que vengan a presentarnos como una curiosidad antropológica en el mundo; necesitamos sólidas instituciones que garanticen el funcionamiento ordinario de nuestra democracia. Unas instituciones que despierten confianza y que funcionen son absolutamente imprescindibles para el desarrollo. Y el cumplimiento de la Ley, el respeto de los contratos y la garantía de tribunales imparciales lo que hacen justamente es fomentar la transparencia y la confianza.

Iberoamérica, por lo tanto, debe abordar en la fase que Tucho ha dicho --probablemente en la fase de la nieve, en el nuevo equipo de la nieve, si quiere--; debe abordar y resolver las cuestiones pendientes.

En el ámbito político es preocupante observar que los mayores niveles de desconfianza de la ciudadanía se proyectan precisamente sobre instituciones clave de la democracia representativa: el Parlamento y los partidos políticos. Ante esta situación, algunos han puesto en marcha ciertos experimentos políticos, no podía ser de otra manera; pero es importante no sacar conclusiones equivocadas. En mi opinión, ni hay atajos, ni milagros; hay que superar de una vez por todas, y ése es el reto, la adolescencia política.

Todo sistema admite mejoras, pero no hay alternativa a la democracia representativa y

los iberoamericanos saben muy bien el terrible precio que hay que pagar por las aventuras populistas. Y el fantasma del populismo surge y resurge con cierta recurrencia.

La Administración pública también es contemplada con recelo. Para conseguir un Estado que preste servicios públicos eficientes, que gaste el dinero de todos con buen criterio, que sirva con objetividad a los intereses generales, es necesario poner en marcha administraciones tributarias eficaces con capacidad recaudatoria y redistributiva. Y hay que decir que contribuir es una forma más de ser ciudadano y que la contribución es también una manifestación muy clara de compromiso con el propio país de uno.

Deben funcionar los órganos de fiscalización y de control que aseguren la transparencia en el uso de los recursos públicos y debe ponerse fin a una de las mayores lacras del Estado que, sin duda, es la corrupción. No sólo es moralmente inadmisibile, sino que mina la confianza, desalienta la inversión y se constituye en uno de los mayores obstáculos para el desarrollo económico.

Creo, además, que la Administración debe garantizar el funcionamiento de todas las instituciones relacionadas con la economía de mercado, que proporcione un marco estable a la inversión y sea fuente de crecimiento. La seguridad jurídica fomenta la confianza de los inversores en el país y del país en los inversores, y eso es fuente esencial también de prosperidad.

Pero quiero decir que, a pesar de las dificultades, de las cuales hay que hablar claramente y sin tapujos, el balance es positivo. Iberoamérica ha demostrado en los últimos años una decidida voluntad democrática y en las últimas décadas la región ha progresado a un ritmo sin precedentes.

A mediados de los 70 sólo tres países elegían sus autoridades mediante procesos electorales libres: Costa Rica, Colombia y Venezuela. Hoy Iberoamérica se abre al mundo representada por dirigentes elegidos libremente por los ciudadanos, con una única y lamentable excepción. Y no quiero dejar de referirme a ella, porque deseo de todo corazón que Cuba pase pronto a engrosar las filas de los países normales, libres y democráticos que hay en el mundo.

Ahora bien, permítanme decirles también que no basta con crear un entramado institucional que garantice el ejercicio de la libertad. Yo coincido plenamente con el lema de este seminario. Democracia y Desarrollo son conceptos inseparables. Y esta segunda cuestión es a la que también me quería referir en el día de hoy.

Nuestra primera obligación como Gobierno es que el funcionamiento del Estado democrático y sus instituciones garanticen la libertad y la seguridad que puedan crear un marco adecuado para el crecimiento y para la prosperidad. En este sentido, la cooperación internacional con los países en desarrollo es, sin duda, un elemento de solidaridad, pero no es suficiente. Y lo digo inaugurando una obra emblemática de la cooperación española aquí, en Colombia; pero también lo digo recordando que hace veintidós años, en el año 1982, España era un país receptor de Ayuda Oficial del Desarrollo y veintidós años después España se ha convertido en el quinto o sexto país del mundo con más cooperación en Ayuda al Desarrollo.

La cooperación internacional, como digo, es un elemento esencial, pero no es suficiente. Desarrollar una economía de mercado basada en un marco jurídico claro, en la propiedad privada, en la libre empresa y en una decidida apertura al exterior puede hacer más para erradicar la pobreza que toda la ayuda humanitaria junta. La experiencia nos demuestra --al menos, yo lo creo así fervientemente-- que la apertura comercial y la liberalización son los motores que impulsan el desarrollo. Sin inversión no hay crecimiento y sin crecimiento no se puede vencer la pobreza. Es verdad que alguien puede explicar cómo aumenta el bienestar social de un país mientras la economía decrece el 10 por 100; pero, al final, ésa es una apuesta para manifestar como un país puede acabar destrozado en menos tiempo que se pronuncia un discurso.

Pero digo: sin inversión no hay crecimiento y sin crecimiento no se puede vencer a la pobreza. Y yo estoy convencido de que las medidas proteccionistas con que algunos Gobiernos tratan de proteger sus mercados no hacen sino impedir el crecimiento y las mejoras sociales.

España, como uno de los principales inversores en Iberoamérica, lo sabe bien y estamos orgullosos de estar participando como socios económicos y comerciales en el desarrollo de muchos países de la región. Nuestra presencia, y bien demostrado está, no depende de ciclos económicos; tiene vocación de permanencia. Estamos convencidos de que ése

es el camino y de que los procesos de integración que avanzan en el continente proporcionarán a los países iberoamericanos más prosperidad y más estabilidad.

Para España Iberoamérica es continente clave y por eso hemos promovido activamente el fortalecimiento de las relaciones entre Europa y el continente americano. Estoy convencido, como les decía al principio, de nuestra pertenencia a una comunidad de valores políticos, y ésta es la línea en la que tenemos que seguir trabajando.

Hace muy pocas semanas tuve el honor de intervenir ante una sesión conjunta del Congreso de los Estados Unidos y allí hablé de esa comunidad y de nuestro interés de formar una gran área atlántica, un gran vínculo atlántico, que incluya una gran zona económica entre Europa y toda América.

En tercer lugar, permítanme decirles que conseguir un Estado democrático y próspero tampoco es suficiente. Hoy más que nunca tenemos que hacer frente a serios peligros y tenemos que trabajar juntos por la paz y por la seguridad en el mundo.

Desgraciadamente, Colombia y España conocen desde hace años las consecuencias del terrorismo y por eso sabemos agradecer las muestras de solidaridad que recibimos de otros países. El terrorismo no tiene fronteras. Ningún país puede considerarse libre de su amenaza y sus excusas no pueden encontrar amparo en ningún territorio y en ninguna nación. El terrorismo es nuestra mayor amenaza para la libertad y para el sistema democrático, y no importa su forma.

Lo he dicho muchas veces y quiero insistir una vez más: no existe ninguna causa que justifique las acciones terroristas. El terrorismo deslegitima cualquier objetivo, porque cualquiera que utilice el terror para conseguir un fin o defender una idea pasa a convertirse en un criminal, que es exactamente lo que son los terroristas.

Por ello, no podemos decir aquí, en Colombia, o en cualquier otro país que en la lucha contra el terror hay dos partes en conflicto. El lenguaje importa e importa mucho. Hay que llamar a las cosas por su nombre y ser consecuentes. Colombia tiene un Gobierno elegido democráticamente, que combate la amenaza terrorista.

Estoy convencido de que, juntos, desde la fortaleza de nuestras instituciones

democráticas y con los medios que nos brinda el Estado de Derecho, sabremos dar una respuesta adecuada y eficaz en defensa de nuestra libertad. Nos alegramos de que organizaciones como ETA o las FARC figuren ya en las listas de organizaciones terroristas. Ahora saben que su único futuro es ser derrotadas y que así lo entiende la Comunidad Internacional.

Pero ahora debemos ir más allá. España, que preside actualmente el Comité contra el Terrorismo de la Organización de las Naciones Unidas, desea una mayor implicación de la Organización. Creemos que es necesario elaborar una lista internacional de organizaciones terroristas, de modo que quede claro quién pone en peligro nuestra seguridad.

Hace pocas semanas tuvo lugar en Madrid el I Congreso Internacional de Víctimas del Terrorismo, que contó con la presencia del Vicepresidente de Colombia y, entre otras muchas víctimas, con ciudadanos colombianos. Ha sido una excelente iniciativa. Hasta ahora hemos centrado nuestra atención en la lucha contra el terrorismo y, en ocasiones, hemos olvidado a los grandes protagonistas de esa barbarie. Las víctimas han de ocupar el papel que les corresponde y ser motor y referencia moral que nos impulse a luchar día tras día contra el terror. Se lo debemos a ellas y nos lo debemos a nuestra propia dignidad política y moral.

Queridas amigas y amigos,

Como les decía, éste es un discurso de despedida en mi último viaje a Iberoamérica como Presidente del Gobierno de España y me alegro mucho de que haya sido aquí, precisamente, en Cartagena de Indias. Pocos lugares en el mundo representan mejor que esta ciudad el iberoamericano, un concepto que nos une por encima de océanos y de mares.

Me alegro, además, de haber podido hablar de las cosas en las que creo: en la democracia, en el desarrollo, en la libertad, en la seguridad. Son nuestros ideales, los de América y los de Europa. Así lo hemos constatado en muchas Cumbres Iberoamericanas que venimos celebrando desde 1991. Nuestra comunidad ha madurado, se ha consolidado. Hemos querido dotarnos de una Secretaría Permanente que permita mayor institucionalidad y que garantice mejor nuestra colaboración y nos

proyecte en el mundo. Y deseo que en la próxima Cumbre de Costa Rica esa Secretaría General sea una realidad.

Iberoamérica ha tomado el futuro en sus manos. Yo me voy con la seguridad de que los iberoamericanos seguiremos trabajando por la prosperidad de nuestra gente, por la estabilidad y la seguridad mundial, y me voy con el convencimiento de que nuestros países amigos conseguirán los objetivos que se han marcado.

He trabajado por ello desde la Presidencia del Gobierno de mi país, pero no voy a dejar de trabajar con toda la ilusión y con toda la energía por las cosas en las que creo y por las que merece la pena. En éstas que estamos hablando hoy aquí, esta mañana, en ellas creo y ellas merecen la pena. Por eso, desde donde esté, se oirá mi voz, una voz española, allí donde suena, siempre con la misma fuerza y con la misma ilusión.

Muchas gracias a todos.